

¡QUE BUENO SER COLOMBIANO!

BIBLIOTECA DEL CAMPESINO



Este libro solo vale

\$ 5,00 en todo el País

A.C.P.O.

LECCION
LETRAS
72

SOLO VALE CINCO PESOS EN TODO EL PAIS

Digitizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia

Provincia

ACCION CULTURAL POPULAR

Lista de los libros de la "BIBLIOTECA DEL CAMPESINO" ya publicados:

- 1 El Evangelio de San Lucas
- 7 El Evangelio de San Mateo
- 11 La Madre y el Niño
- 12 Primeros Auxilios
- 16 Verduras y Frutas
- 17 Carnes y Huevos
- 29 Nuestro Precursor
- 31 Cooperativa de Ahorro y Crédito
- 35 Despierta Campesino
- 37 Productividad
- 44 Juegos y Diversiones
- 45 Chispa y Buen Humor
- 51 Tierra Fértil
- 52 Cultivo de Frutales
(Frutas cítricas y peras)
- 55 La Vaca del Campesino
- 56 Conejos y Curiés
(en colores \$ 4.00)
- 57 Las Abejas
- 59 La Huerta Familiar
- 60 Ovejas y Cabras
- 72 Qué Bueno ser Colombiano
- 81 Cantemos con el tiple

BIA

Monseñor Jorge Monastoque V.

90
861-6
M659
E.3

2009-01-21

nr

*QUE BUENO
SER
COLOMBIANO !*

BIAA

BIBLIOTECA DEL CAMPESINO
COLECCION LETRAS

Puede imprimirse.

PEDRO LEON GOMEZ,
Vicario General

Tunja, octubre de 1962.

A 866474

Oiga Radio Sutatenza
LEA EL PERIODICO EL CAMPESINO
ESCRIBA A ACPO

Dirección: Calle 20 No. 9-45 - Tel. 42 05 43

Carrera 39-A No. 15-11 - Tel. 69 48 00

Apartado Aéreo 7170 - Nacional 3262

¡Qué bueno ser colombiano!

Prólogo

Nada mejor pueden empuñar nuestras manos, que la bandera de la patria; y en nuestros labios no puede haber grito más noble que este: ¡Qué bueno ser colombiano!

Lo primero en la vida es saber lo que somos, y luego, sentir el orgullo de serlo.

Tal es la finalidad que se proponen estas páginas; la de que nos hagan sentir el gusto y el sabor de la patria, el frescor de sus torrenteras, el aliento tibio de sus recenales y sus majadas, el verde mojado de sus labrantíos y el azul de sus cielos.

Por encima de todo otro amor humano, está éste de la patria. En la sangre llevamos heredada la ardiente pasión por todo lo nuestro, el amor a nuestra tierra y el noble orgullo de ser colombianos.

Pero es necesario soplar sobre este fuego, que todos llevamos dentro, hasta conseguir que arda la hoguera del amor a todo lo nacional.

Porque nada nos debe ser más entrañable que esta ternura enamorada, que este nacionalismo ardiente, que este amor a Colombia.

**El: "Patria, te adoro en mi silencio mudo
y temo profanar tu nombre santo"**

nos fue enseñado como plegaria por nuestros más remotos abuelos.

La llama de este fuego que es amor a Colombia, queremos entregarla y pasarla a las manos de las generaciones que han entrado a sucedernos.

Este libro es eso. La entrega al lector de un mensaje y de un amor que arde en el corazón.

La comprensión de lo anterior, es lo que explica el sentido de este libro y lo que le da valor y sabor al título que lleva:

"¡QUE BUENO SER COLOMBIANO!"

Colombiano hasta las cachas

Colombiano hasta las cachas
me siento,
y pues que lo soy,
y de serlo estoy contento,
libre por el mundo voy,
como en los montes el viento.

Me brotan por la mirada
los volcanes de mi tierra.
Llevo una espada colgada
y mellada
por la guerra.

Corre en mi cuerpo una vena
que es un río
de albedrío,
como el río Magdalena;
y siento que el mundo es mío.

Me nace la cordillera
de los Andes, y la siento
como un bloque de cemento,
en mi voluntad entera,
que quisiera
ser un monte contra el viento.

¡Qué bueno ser colombiano!
Pisar fuerte.
Tener suerte.
Vivir libre, honrado y sano;
no tener miedo a la muerte
y una bandera en la mano.

Colombiano hasta las cachas.
Lanza, caballo y escudo
Y sin tachas
aguerrido caballero
contra quien el mal no pudo.
Entre todos, el primero.
Nunca en paz, siempre guerrero.

Llevo el fuego y la bravura
de los toros de mi llano.
Puñal, pistola y machete
me cuelgan de la cintura.
Indio, mestizo e hispano
y un ribete
de romano.
¡Qué bueno ser colombiano,
y sentir la empuñadura
de una herramienta en la mano!

Siento un impulso gigante
de progreso



que me empuja hacia adelante;
y por eso
el arte y la poesía
sube en mí, como un nevado
hacia el cielo disparado,
desde esta tierra que es mía.
La sed, la lengua me trae
sedienta de lo infinito.
Como el Tequendama, cae
desde mis labios un grito
soberano:
¡Qué bueno ser colombiano!

Llevo un tiple cantador
entre mis manos templado.
Por la gloria y el honor
tengo el pecho atravesado.
Domino a un potro llanero
y detengo a un tigre hambreado
y a quien se quiera oponer
como estorbo a mi valor.
Pero... pero...
a mí me vence una flor,
un niño y una mujer.

Cuello que yugo no sufre,
que no soporta tirano.
Santa soberbia se siente,

y un orgullo soberano,
cuando levanto la frente
y me siento colombiano.

Con quien ofenda el honor
de esta mi tierra querida,
pruebo mi espada mejor,
me juego, en paro, la vida.

Porque soy hombre y muy hombre,
sepa ya todo señor
que mancille mi bandera,
que queda profunda herida
en donde pongo la mano.
Como la cumbre altanera,
como la palma en el llano,
domino la tierra entera,
¡porque yo soy colombiano!

La "Don Nadie"

Yo me llamo Guillermito
y usted,
y usted, ¿cómo se llama?

—Yo soy una pobre anciana
llena de desolación.
Estoy tullida en mi cama,
y enferma del corazón.

—Yo soy un niño y yo quiero
decirle, sí,
que la quiero, que la quiero.
¿Le gusta que le hable así?

—Al templo quisiera ir
que me quiero confesar.
Con... fe... sar.

—Yo le llamo al Señor Cura.
El, aquí puede venir.

—No lo quiero molestar.
Mi cama es una carreta.
Pero no tengo quien tire,
quien tire de la carreta.



El dolor le rasgó el alma
e hizo a la anciana llorar .

Abrazó el niño a la anciana
y besándola decía:
—Yo me llamo Guillermito .
Y usted,
y usted, ¿cómo se llama?

* * *

Horas después, por la empedrada vía
que desde el hueco atroz de la barriada
hacia la vieja iglesia conducía,
sonando entre las piedras, la carreta
tirada por el niño se veía .

Pasaron muchas horas, muchas horas,
porque el niño
haciendo lo posible y lo imposible,
a duras penas la podía mover .

Y era el camino largo... y hacía frío
y sobre el barrio comenzó a llover .

A la iglesia llegaron; y volvieron
cuando las sombras extendió la noche .
Y en el hueco infeliz de la barriada,
el niño con la anciana
se instalaron de nuevo con su coche .

Se bajaron los ángeles del cielo
y el alma de la anciana se llevaron.
Y el niño, sin llorar, sin desconsuelo,
moviendo del cadáver la cabeza
y los pobres despojos que quedaron,
le decía, besándola, y pasito:
—Viejita, mi viejecita,
¿por qué pone la cara así de tiesa?
Yo me llamo Guillermito;
y usted,
y usted, ¿cómo se llama...?

Las cogedoras de café

“¿Quién quiere coger café,
que ya llegó la cosecha?
Venga conmigo usted,
que esta canasta está hecha
“pa” llenarla de café.
Si se vuelve cafetero,
juro a Dios que en una fecha
de diciembre o de febrero,
me caso con Su Merced”.

Así cantan las cantoras,
Julia, Marta y Betsabé,
las primeras cogedoras
de la pulpa de café.

Corrosca y cinta de grana
terciada de medio lado
y una blusa calentana
con un clavel estampado.
La falda de mil colores
con pliegues de filigrana,
tres niñas, como tres flores,
las mejores
de esta tierra colombiana.

En el mundo no hay iguales
ni las habrá ningún día.
Los lucientes cafetales,
los de mi tierra, la mía,
los sembró la primavera
para coronar su frente;
y ella quiso que naciera
la corona que quería,
en Colombia solamente.

Desde la tierra mojada
por la rama que se ve,
sube al viento,
como un alma enamorada,
el aliento
del café.

Y este perfume es un mar
de aromas, que al ser humano
le hace soñar y soñar;
le hace subir en un vuelo
hacia el más remoto arcano.
Perfume que "huele a cielo",
pero a cielo colombiano.

Verde el mar, verde esmeralda,
pero jamás es igual
a la luciente guirnalda
de mi verde cafetal.

Como si estuviera herido
el árbol, bajo la brisa,
entrega el fruto encendido,
se desangra y agoniza.
Sube al viento la canción
que cantan las cosecheras,
mientras cogen, con pasión,
con sus manos hechiceras,
el grano
que entre la mano
tiembla como un corazón.

Que el amor cuando dejó
sus mansiones celestiales,
para esconderse buscó
mis floridos cafetales.
Tierra de gracia y color,
que de café se engalana.
Tierra, cuna del amor,
tierra mía colombiana.

¿Quién quiere coger café?
repiten las cogedoras.
Venga conmigo usted,
que del trabajo son horas.
Su blusa de blanco lino
con un clavel estampado,
recuerda a un hombre que vino



y se quedó enamorado.
Que no hay amores iguales
como aquellos que han brotado,
como el agua entre rosales,
entre un suspiro y un trinc
y en medio de cafetales.

¿Quién no escucha la canción
que cantan las cogedoras,
Julia, Marta y Betsabé?
Se escapa su corazón
en sus voces soñadoras
y es su canto evocación
de un recuerdo que se fue.

Se da la gente y se entrega
al trabajo todo el día
y es ardua la dura brega.
Mas, del cielo pronto llega
un mensaje de alegría
para todo ser humano:
que en el cielo se decía
que no hay un trago más sano,
ni más lleno de ambrosía,
como un "tinto" colombiano,
el de mi tierra, ¡la mía!

Y las niñas cogedoras
de café,
tan garridas
y pulidas
como flor ninguna fue,
jaraneras, retadoras,
como reinas y sultanas y señoras,
pasan aquí nuevamente,
cantando aquella canción
que se queda eternamente
sonando en el corazón:

¿Quién quiere coger café
que ya llegó la cosecha?
Si me quiere, Su Merced,
me lo dirá en esta fecha
de cogienda de café.

Venga conmigo al cercado,
donde el café colorado
que sembré,
como un corazón, colgado
de cada rama se ve.

Si se vuelve cafetero,
juro a Dios que en una fecha
de diciembre o de febrero
yo me caso con usted.

Cartilla de la salud

¡Salud! ¡Higiene! Rico tesoro.
¡Bienes que valen mejor que el oro!

Cantan las aves en la pradera,
riegan perfumes los cafetales;
el río corre y en su ribera,
bajo coposos saucedales,
como una perla que brilla al sol,
una muchacha gorda y bonita
lava la ropa, que es lavadora,
y entre las aguas que el río agita,
se ve su cara deslumbradora,
tres piedras blancas y un caracol.

¡Salud! ¡Higiene! Rico tesoro.
¡Bienes que valen mejor que el oro!

Para ayudarla sus nueve hermanos
llegan formando dos pelotones.
Son niños fuertes, gordos y sanos;
tienen un cuerpo de campeones
y están tan limpios como un cristal.
Estrepitosos y juguetones
corren y saltan por el potrero.

Tres mirlas blancas cantan canciones,
y entre las ramas del limonero
pelea un toche con un turpial.

¡Salud! ¡Higiene! Rico tesoro.
¡Bienes que valen mejor que el oro!

Limpia y muy blanca, como paloma,
luce la hermosa y bella casita,
como una estrella, sobre la loma.
No es ni muy grande, ni muy chiquita,
pero a su lado tiene un jardín.
Tiene acueducto, baños, y tiene
claras ventanas sobre la huerta;
cuanto señala y pide la Higiene.
Y aderezado, cerca a la puerta,
muestra sus frascos el botiquín.

¡Salud! ¡Higiene! Rico tesoro.
¡Bienes que valen mejor que el oro!

Todos son pobres. Pero esta casa
tiene por norma, por ley, por fuero,
que la comida nunca sea escasa,
que todos tengan salud primero,
porque es tesoro tener salud.
Y así, los padres van enseñando
todas las normas de esta cartilla,
y los diez hijos van practicando,



desde la grande a la más chiquilla:
¡que sin Higiene nunca hay virtud!

Libro de oro, cartilla buena
esta de Higiene, que me asegura,
que más que el oro, que el arca llena,
vale el que tiene salud bien dura
y brazo fuerte “pa” trabajar.
Porque el que vende salud y tiene
bien conocidas y practicadas
cuanto prescribe y manda la Higiene,
según las normas aquí indicadas,
podrá en la vida siempre triunfar.

Y aunque sean pobres, con esperanza,
entre el trabajo y en su labranza,
los labradores,
llenos de gozo pueden cantar:
“¡Salud! ¡Higiene! Rico tesoro.
¡Bienes que valen mejor que el oro!
Cosas mejores
jamás el mundo puede mostrar”.

Pedro Juan... tabacalero

Vengo a mirar tu trabajo, Pedro Juan.
Tu sementera
y esta tu casa, y la era
donde tus hijos están
y tu mujer. Me parece
que tienes la compañera
que tu gracia no merece.
Porque la encuentro tan pura
como el agua. Esta criatura
hacendosa,
que trabaja y que cocina. La costura
con su mano delicada
la tiene ya terminada.
Esta criatura preciosa
que al llamarla por su nombre dices: "Rosa",
te juro yo, ciertamente,
que tu "Rosa" es una rosa.
Que tus hijos son tan lindos que son flores.
Te lo digo, Pedro Juan, secretamente,
no sea que oigan los letrados, los doctores,
los señores,
que tu hogar, tu sementera,
es orgullo de mi raza y de mi gente;

es la muestra, la mejor y la primera
de un hogar,
de una familia creyente,
que sólo se puede hallar
en Colombia solamente.

Pero muéstrame tu campo, tu cultivo,
y esas vacas, las gallinas y ese chivo.

¿Eres, quizá, ganadero?
¿La agricultura a quién dejas
por cuidar de tus ovejas?
¿Quién te guarda el gallinero?
¿Cuál es el oficio sano
de tu mano
que te da mejor dinero?

Pedro Juan me saludó
y mostrándome primero
toda la hoja ensartada
y de su caney colgada:

—“Esto lo compuse yo”,
—con un acento altanero
me dijo y me repitió:
—“Porque soy tabacalero”,
—y, añadió:

“Te quiero porque te quiero,
tabaco verde del llano,
que yo soy tabacalero
y algo más: soy colombiano.



Como un cigarro agorero
encendido entre la mano,
ardo en fuego y me consumo.
Lo que siembro me lo fumo,
porque yo soy un viajero
hacia el cielo azul lejano;
que camina, como el humo,
y algo más: ¡un calentano
que yo soy tabacalero,
que quiere ser el primero,
que quiere lo colombiano
con alma, vida y sombrero!”

* * *

Pedro Juan, tabacalero,
¡qué mole de hombre! ¡qué ufano!
¡Qué marido, qué papá y qué cristiano!
Como un tigre, pendenciero.
Con sus músculos de fuerza, como un toro,
que se enfrenta con sus cuernos a la muerte.
Pedro Juan es un volcán
y de su pecho le vierte
de fuego un rojo huracán
que ilumina sus caminos y su suerte.

Tiembla el monte a su pisada
y el tabaco verde y gualda
se estremece a su mirada.

Mil arrobas han pasado por su espalda,
muchos ríos han caído de su frente.
La vereda la maneja con su mano.
Es el jefe de su gente,
y en sus labios brota un grito soberano:
"Lo primero, lo primero
es ser buen tabacalero
y algo más: ¡ser colombiano!".

Y este hombre, como un tigre, como un oso
que se muestra en su trabajo, en su faena
como un toro, poderoso,
cuando llega a la cocina y es la cena,
es un padre y es esposo.
Esos hijos, los que tiene,
sus amores
y que Pedro los adora,
lo despeinan y le quitan el sombrero,
se le suben por la espalda "a la traidora"
y le dicen al oído: "Yo te quiero";
y le besan con sus labios que son flores,
y en aquella dulce hora,
Pedro Juan Tabacalero
como un niño, mira y llora...

Mi cartilla de agricultura

Esta es la cartilla que yo quería;
cartilla de muy honda sabiduría,
libro muy pequeñito, pero profundo,
que me enseña y me hace dueño del mundo.

Olorosa a romero y a cafetales
y como un paraíso, por su hermosura,
esta tierra me cura todos los males.
De ella yo vivo
y la tengo hecha un cielo, pues la cultivo
como enseña mi libro de agricultura.

Lo que yo necesito para la vida
y la ciencia que exige la agricultura,
todo está en mi cartilla blanca y querida.
Libro bendito
donde todo lo encuentro pintado, escrito,
con sencillo lenguaje, con galanura.

Esta es la cartilla que yo quería;
cartilla de muy honda sabiduría.
Libro muy pequeñito, pero profundo,
que me enseña y me hace dueño del mundo.



Granarán abundosos ya mis melones,
mis zapotes, mis mangos y mis tomates,
con mis moras, badeas y los anones.
Mis coliflores
serán los más grandes y los mejores,
lo mismo que mis peras, mis aguacates.

Esta es la cartilla que yo quería;
cartilla de muy honda sabiduría.
Libro muy pequeñito, pero profundo,
que me enseña y me hace dueño del mundo.

De las hijas que tengo, la vivaracha,
la que tiene mis ojos y es mi alegría,
ensayó la cartilla con la arracacha,
y hoy asegura,
que no pierde cosecha con la lectura
de este libro que enseña sabiduría.

Los que quieran ser buenos agricultores
y encontrar el camino de la fortuna,
que escuchen el consejo de sus mayores:
“Esta cartilla
es de ciencia un tesoro. La luz que brilla
y nos da sus lecciones una por una”.

Cartilla agricultora, cuando me muera,
que la pongan abierta sobre mis manos
como si fuera
mi escudo de combates y mi bandera.

Porque yo quiero
que si llego a los cielos, como lo espero,
San Isidro labriego, con mis hermanos
me reciban con grandes arcos de flores,
porque el cielo está lleno de agricultores.

Y les diré yo a todos en ese día:
Esta fue la cartilla que yo quería.
Libro muy pequeñito, pero profundo,
que me enseñó y me hizo dueño del mundo.

¡Que vivan los bravos trigueros!

Escucha el relato, la fábula antigua,
la historia del pan,
que en tono que muchos misterios abriga,
le cuenta a sus hijos don Pedro Damián.

Los niños escuchan, prendiendo del cuento,
la boca, sus ojos y su pensamiento.
Sueñan con aquella dorada leyenda,
y en ese momento
se queda inconclusa su pobre merienda.

Don Pedro les dice: "Fue esta la historia:
cuando desterrados de su paraíso
y por su pecado perdida la gloria,
vagaron los hombres, el destino quiso
que fuera el dolor, su tormento, y el duelo,
su hambre, su afán,
el que los moviera
a volver sus miradas al cielo
y a pedir el milagro del pan.

La queja del mundo los cielos la oyeron
y en coro los dioses todos convinieron,

pedir a la reina del cielo que fuera
la que, conmovida,
con mano piadosa al hombre le diera
el pan de la vida.

La diosa celeste cuidaba un tesoro
guardado en un arca, bajo llaves de oro.
Eran dos millones de finos diamantes,
más que los luceros, blancos y brillantes,
Con una corona de perlas de Oriente
que llevó de niña ceñida a su frente.

Con veinte princesas y tres paladines
bajó de los cielos la corte real.
Iban adelante tres negros mastines,
y el viejo tesoro
cargaba la espalda de un caballo moro
sujeto a un ronzal,
que guiaba la reina. La diosa quería
llegar a la tierra primero que el día,
enjuagar de los hombres el lloro,
y aplacar su hambre, redimir su mal.

Como sembradora,
que bota a puñadas la rubia semilla,
la reina del cielo, graciosa, sencilla,
regó sus diamantes sobre la llanura,
sobre las colinas de la tierra dura.



Cuando sus rosales encendió la aurora,
y el sol anunciaba sus luces triunfantes,
teniendo a los cielos por mudo testigo,
produjeron frutos los regios diamantes.
Como un paraíso la tierra era ahora.
Tuvieron los hombres pan blanco y abrigo,
y abrió sobre el mundo sus ojos brillantes,
la espiga de trigo;
y con él brotaron gloriosos, triunfales,
los granos fecundos de los cereales.

Al ver el milagro, como labradores,
vinieron en fila los agricultores,
y fue proclamado
como rey con corona y honores,
el trigo dorado,
entre todos los granos mejores.

Los cielos y el mundo cantaron en coro
el triunfo y el fruto del regio tesoro,
que enterró en la tierra la reina y señora,
que vino del cielo como sembradora.

Los hombres alzaron un himno a la altura,
y a la niña aquella,
de cuerpo de lirio, de frente de estrella,
la aclamaron reina de la agricultura.

Hombres y mujeres
la llamaron "diosa" la llamaron "Ceres",
en Egipto "Isis", en Roma "Cibeles".
Porque el pan nos diera
como buen amigo,
porque trajo el trigo,
todos a su culto permanecen fieles.
Porque redimiera
del mundo los males,
se le llama Reina de los cereales.

Y así, desde entonces, los agricultores
le regalan flores
y a la diosa Ceres
le llevan guirnaldas todas las mujeres".

* * *

Crecieron los niños de Pedro Damián.
Hoy son labradores.
Sus cuerpos de bronce quemados están
por ya muchos soles. Bajo los rigores
del tiempo, hoy, ya viejos, recuerdan la historia
que escribió en su vida, como en libro abierto,
aquel hombre fuerte que está en la memoria:
su padre labriego que nunca se ha muerto.

* * *

Cuando se quedaron sin techo ni abrigo,
huérfanos de todo vecino y pariente,

casi agonizando,
don Pedro Damián
les dijo a sus hijos que estaban llorando:
“Os dejo un amigo:
¡mis granos de trigo!
Quien sepa sembrarlos, tendrá siempre pan.
Quien muere no miente.
Yo así lo atestiguo”.
Y cerró los ojos dolorosamente.

Como buenos hijos, como agricultores
que a su padre muerto juran obediencia,
sembraron el trigo, y hoy son los señores
que saben del campo, el arte y la ciencia.
Como labradores
sacan cada día de la tierra dura
el rico tesoro,
los claros diamantes, las perlas y el oro,
que enterró la reina de la agricultura.
Y hoy son de mi patria los hombres mejores.
Trigueros morenos de egregia figura,
y van por el mundo como triunfadores.

¡Por esta calzada vienen los trigueros!
que salgan a verlos, que lleven su trigo;
que son los guerreros
que el pan de la vida lo llevan consigo.
Que suban al viento los arcos de flores,

suenan los tambores,
que vibren en coro los claros clarines,
que vengan cantores
y canten el himno de los paladines,
que no hay en la tierra un hombre mejor,
como ese triguero que lleva una flor.

. . .

Cubriendo los valles, las rubias espigas
se rinden al peso dorado del grano.
Su fruto compensa todas las fatigas
y son el orgullo del mundo. Es verano,
tiempo de cosecha. Gloriosos, triunfantes,
cuadrillas morenas de trabajadores,
con ritmo perfecto, con hoces brillantes
siegan las espigas, que son segadores.
Sobre los trigales el viento hace olas;
como una montaña crece la gavilla,
y en el suelo brilla
la flor deshojada de las amapolas.

Trillado en las eras,
separan los vientos el grano y la paja.
Rugen como fieras
los roncos motores de las trilladoras,
y el grano se limpia, se arnea y se encaja
en sacos tejidos de fique muy fino.
Mujeres cantoras entonan triunfantes,

canciones sonoras,
y allá, en la distancia,
suspira un molino
traído de Francia.

Llevando en camiones hacia las ciudades,
por la carretera,
saldrán a mirarlo todas las beldades,
porque es más hermoso que la primavera.

Pesado en romana, el viejo molino
lo vuelca en su enorme tolva de madera.
Girarán las ruedas, y el trigo que vino
será triturado
y en los cernedores
su vestido rubio le será quitado.
Aparte las flores
y aparte el salvado.

Y así del molino de rudos motores,
como una cascada
de espuma nevada,
o un río de flores,
sale derramada,
blanca como nieve pura, inmaculada,
y como la lumbre que nos ilumina,
la flor de la harina.

Mujeres de manos de nácar y perla
la mojan, la mezclan con la levadura.
Vengan a mi casa
si ya quieren verla;
como una princesa de blonda figura,
florece la masa
y hay gozo en el mundo por esa ventura.

Cortada en los moldes por los panaderos,
visita los hornos en donde florece,
como las estrellas, como los luceros,
entre el rojo incendio que la dora y cuece.

Y el cuento y la historia de Pedro Damián,
culmina en el bello milagro del pan.
Porque en este suelo
el pan es la fuente que a todos convida.
Ante su presencia cesa todo llanto,
la pena se calma,
el dolor se olvida,
porque para el cuerpo, como para el alma,
es el alimento y el dulce consuelo,
el pan de la mesa que nos da la vida
y la Hostia santa que nos lleva al cielo.

“Os dejo un amigo:
mis granos de trigo...
—les dijo a sus hijos el viejo Damián.

Quien muere no miente.
Yo así lo atestiguo".
Y cerró los ojos dolorosamente
pensando en el pan.

. . .

Viven desde entonces los hombres trigueros,
los agricultores,
honrados, valientes, triunfantes guerreros.
Viejos labradores
de anhelo profundo,
que son los mejores
obreros del mundo.

Cargando su trigo y hacia los molinos,
formados en fila como los guerreros,
por esos caminos pasan los trigueros.
Regad a su paso guirnaldas de flores.
¡Honor a los fieros y a los vencedores!
Mirad al que viene trayendo consigo
ceñida a la frente
la espiga de trigo.

¡Que viva el triguero moreno y valiente!
¡Honor a los bravos trigueros,
que son colombianos,
que son mis hermanos
y de todo noble progreso pioneros!

¡Que vivan los bravos trigueros!
¡que suenen los claros clarines!
Que pasen en fila como paladines,
como los guerreros,
oyendo este grito que grita la gente:
¡Que vivan los bravos trigueros!
¡Que viva el triguero moreno y valiente!

Mi cartilla de lectura

Esta es mi blanca cartilla
que entre las manos me brilla
como un claro amanecer.
Era cuanto yo quería
tener en la vida mía
para aprender a leer.

Con monitos de colores
y las letras como flores
y unas frases de primor,
para el que aspira a marido
y espera haber aprendido
a leer lo que es "amor".

De Fátima Nuestra Señora
me ordenó que a cualquier hora
aprendiera yo a leer,
y complacerla yo quiero,
porque así pedirle espero
que me quiera una mujer.

Una mujer bien bonita,
no muy alta ni chiquita,



que aunque no sepa leer,
se venga a vivir conmigo
y esta cartilla que sigo
le sirva para aprender.

Porque el cariño no dura
sino con buena lectura,
la casita y un trigal.
Una vaca y tres becerros,
diez ovejas y dos perros
que nos defiendan del mal.

Tengo yo un jardín de flores,
dos pajaritos cantores
y tierra "pa" trabajar.
Me falta una mujercita
que me alegre la casita
y me quiera acompañar.

Para ella tengo un vestido
y dinero conseguido
y un caballo que compré.
Y aquella mujer que quiero
y por la cual yo me muero
no es otra sino: Usted.

Pero ha de saber leer
la mujercita que quiero;
pues si no sabe, no espero
que ella me pueda querer.

Chiquita, chiquirritina

Te has de ver mañana sola y a tu suerte sometida,
pagando caro el tormento que me das en esta vida.
Que esta casa me la has puesto en tormenta y terremoto
y el espejo de la sala,
que compré para mi gala,
me lo has roto.

Me las tienes que pagar, chiquita, chiquirritina.
¡Chist! que se te ha de acabar quien tu vida patrocina.
Que estoy "harta", que estoy "harta" con tu ruido y tu
[locura]

¡Chist! y espera, te lo digo,
que me ofende, ¡ven conmigo!
tu frescura.

¡Chist! Me escuchas, porque sí. Porque te quiero decir
que hoy mismo, sí, se te acaba este modo de vivir.
Chiquita, chiquirritina, de tremenda travesura;
acércate, ven acá.
Tiene aspecto de maldad
tu figura.

Arregláte las enaguas, subíte la camisola,
que dirán que estás buscando un novio para ti sola;
¡Y esos mocos, que no limpias. Y el enredo de ese pelo!

¡Chist! te digo, chiquitina,
que estoy "harta" y me acoquina
el desconsuelo.

Me tuviste en la semana los vestidos destrozados;
los zapatos fueron humo. Los vidrios despedazados
de la casa aparecieron al golpe de tu pelota.
Que eres mala, me dijeron.
Y en la escuela te pusieron mala nota.

¡Chist! Te digo que estoy "harta". ¡Qué trabajo, qué
dinero
me cuesta lo que te pongo! Que no quiero, que no quiero
esta noche darte el beso, que te doy sobre la frente.
Que vergüenza siento ahora
de ser madre sufridora
de esta gente.

¡Chist! y pronto, y castigada, pasas rápido a la cama;
y anota que se acabó quien te aguanta y quien te ama;
que mi dinero no alcanza a pagar tu travesura.
Trabajo hasta no poder,
mas todo lo echa a perder
tu locura.

.....

Chiquita, chiquirritina, te quedaste ya dormida
y te pareces a un ángel y eres mi alma y mi vida.
Por ti sufro yo la vida y si no fuera por ti,
no sé lo que pasaría, ni lo que sería de mí.



¡Vive, pues, como tú quieras! ¡Sé tormenta y terremoto!
Que con mi poco dinero, yo pago lo que hayas roto.
Lo que he dicho, no lo he dicho y lo tienes que olvidar;
que no vayan mis palabras tu dulce sueño a turbar.
Te beso la frente pura y te digo este cantar:

Cuando despiertes mañana,
vive así como te quiero:
siempre alegre, fuerte y sana.
¡Malbarata mi dinero,
que es tu madre quien lo gana!

¡Gloria al arrocero!

Juan Antonio, el viejo, Juan Antonio Cruz,
nieve en la cabeza, barba patriarcal,
me contó la historia,
página sagrada del pueblo oriental,
leyenda de luz,
que era en su memoria
fresca como el agua, como el manantial.

En el claro tiempo del antiguo imperio
esto sucedió:
—me dijo empleando tono de misterio—
y ténlo por cierto,
que lo cuento yo.

Siva, aquel dios que con Brahma y Visnú,
creó el Universo,
—no lo olvides tú—
para soberana de aquel paraíso
a una niña dulce, pura, angelical,
frente de amapola y labios de coral,
con sus propias manos la creó y la hizo,
y para ensalzarla, el mismo dios quiso
que se la llamara, de ahí en adelante,

Liz-Rena-Dumila,
que significaba: "la luna radiante"
que bajo los cielos, cual lámpara, oscila.

Quiso luego Siva
casarse con ella,
pero la sublime y divina doncella
no quiso ¡no! ¡no!
Y ser virgen pura, por siempre juró.

Siva enfurecido, convocó a los dioses.
Hubo tribunal.
E irritados todos, crueles y feroces
dieron la sentencia de que en matrimonio
con Siva se diera, o con el demonio,
y así en un abismo de horror infernal
la niña negada, pagara su mal.

Liz-Rena-Dumila puso condición
que Siva le diera,
en pago a la ofrenda de su corazón,
un fruto más blanco
que la primavera,
que como las mieles, que como el "maná"
a lo que quisiera
el que se lo come
supiera, supiera,
y que su flor fuera
la de Li-lo-lá.



Dios Siva salió,
y en toda la tierra aquel fruto buscó.
Pero los manjares,
más dulces y blancos que flor de azahares,
ninguno a la reina sagrada gustó.

Siva enfurecido,
no quiso ante el cielo pasar por vencido.
Llamó a su gente a la plaza. Y así
se fueron de caza al cielo turquí.
Su proyecto era,
al filo del alba, cuando amaneciera,
robarse la "Hurí".

Y así sucedió.
Del cielo bajaba dios Siva con ella,
llevando en sus brazos la fúlgida estrella.
Pero aconteció,
que ahí, entre sus brazos, Liz-Rena murió.
Y la blanca estrella de luz, se apagó.

Dios Siva gemía,
los ojos en llanto y el rostro en dolor;
y enterró a la niña que se le moría,
en el verde valle de la tierra mía,
y puso cien guardias a su alrededor.

Mas, como si hubiera
debajo a la tierra sepultado al sol,

la tropa y soldados
que la guardia hiciera,
vieron asombrados
—no era su costumbre—
que salía en la tumba como un arrebol,
y un bello y rosado torrente de lumbre;
y unas plantas raras, y una sementera,
blanca como nieve de la cordillera,
más blanca que plumas blancas de avestruz;
y de aquellas plantas, aquel fruto era
como congelados granitos de luz.

Al ver el milagro
los dioses vinieron
y en coro dijeron:
“Aquí brota el alma de Rena-Dumila,
su inocencia pura, su virtud tranquila
y el fruto exigido
como condición
a aquel que soñara con ser su marido
y obtener la ofrenda de su corazón”.

Mandaron los dioses, a son de clarín,
que todo el empíreo viniera de fiesta;
que al son de la orquesta,
por todos los siglos y siglos sin fin,
los cielos cantaran con alegre voz
el blanco portento;

y la maravilla de aquel nacimiento
del alma de "Rena" y el fruto precoz.

Lloraba el dios Siva, lloraba el gran dios.
Y en la tierra hubo fiestas y contento
porque desde entonces existió: ¡EL ARROZ!

Juan Antonio, el viejo, Juan Antonio Cruz,
señor del trabajo, noble caballero
con su barba blanca plateada de luz,
me dice poniendo en mi hombro su mano
con aire guerrero y en tono marcial:

"Yo soy arrocero
y soy industrial;
con honra y con gloria mi pan me lo gano
y siento el orgullo de ser colombiano".

Valores de un pueblo que sangró los ríos
y el agua llevó
a las cordilleras y a los valles míos.
Hombres cuyo noble trabajo certero
abrió un derrotero
y en un paraíso la tierra cambió.

Fuertes y ligeros y dominadores
van los sembradores.

Sueña con ser madre la tierra fecunda.
El agua los cuadros trazados inunda.
Arrulla el rumor
del río que arrastra su tren de cristal,
y así, entre el amor
de un clima de fuego verde, tropical,
bajo un cielo lleno de estrellas en flor,
con paso de reina, con pompa oriental,
sube hacia los cielos el verde arrozal.

Como aquellas ninfas que fue su fortuna:
los dioses por padre y el agua por cuna,
en medio a la gloria de la primavera,
cuaja la semilla
entre las espigas de la sementera.

De seda amarilla
se miran vestidos los valles ahora.
El viento hace olas en un mar de oro
y entre el oleaje que el sol tuesta y dora,
la espiga se rinde, se dobla al tesoro
del grano que brilla
entre la panoja, guardado, escondido,
como un luminoso lucero encendido.

Un coro de niñas, alegres y hermosas,
de frente de lirio, de fúlgidos ojos,

Un coro de niñas, alegres y hermosas,
de frente de lirio, de fúlgidos ojos,
y un jardín de rosas en sus labios rojos,
con trajes que brillan, como los colores
de las mariposas,
llegan en cuadrilla, con mozos morenos,
fuertes y serenos
y conquistadores.

Son las segadoras. Son los segadores;
y al ritmo de un canto que entonan en coro,
recogen aquella
cosecha dorada,
que atada en manojos
y ya en los rastrojos
bien agavillada,
con arte y decoro,
sobre el horizonte domina y descuella
como una brillante montaña de oro.

Con ritmo de orquesta
resuena el trabajo de la trilladora.
Comienza la fiesta.
Rueda la gavilla,
la máquina trilla
y de la victoria se anuncia la hora.

Como un claro río de nieve y diamante,
como congelados granitos de luz

o el alma brillante
de aquella princesa cuya blanca historia
me contó aquel viejo Juan Antonio Cruz,
ardiendo en el fuego que enciende la estrella,
alumbra y destella
con toda la pompa triunfal de la gloria
y el traje de perla que a él le hizo Dios,
el rey de los mundos: ¡El fúlgido arroz!

En tazas de plata,
irá a los triunfales
palacios reales.
Al ritmo de un coro
de claros clarines
y al grito sonoro
de regias y agudas trompetas de oro
irán a buscarlo para los festines.
Será el alimento
del rico y del pobre y será el maná,
que llena a los cielos de contentamiento
y a la humanidad.

Pero si la gloria y el honor del mundo
son los arrozales,
la existencia blanca del grano fecundo
se debe a mis hombres, a mis arroceros,
que de estos mis valles son cultivadores,
que son los arqueros,
que son los mejores,

que van adelante,
llevando triunfante
el rojo penacho de los vencedores.

* * *

Gloria al arrocero,
gloria al arrocero,
diga el mundo entero.
Porque como obrero, como agricultor,
no hay sobre la tierra más noble señor.

Mi catecismo

¡Oh mi tesoro, mi catecismo!
¡Te quiero tanto, como a mí mismo!

Libro pequeño, pero de oro,
que estudio y leo, mi catecismo.
Código eterno del Dios que adoro,
razón de todo mi cristianismo.
Estrella pura que a mi conciencia,
cuando rendido su ayuda imploro,
salva en mi lucha con el abismo.
Tú, me iluminas la inteligencia
y yo te guardo como un tesoro.

¡Oh mi tesoro, mi catecismo!
¡Te quiero tanto, como a mí mismo!

Desconociendo tus enseñanzas
fueron muy grandes mis extravíos.
Probé placeres y bienandanzas
y fueron hondos los males míos.
Mas tu infinita sabiduría
para mi vida, fue redentora.
Hoy yo te debo la suerte mía,

porque tu ciencia fue salvadora.
Y así yo ahora,
te tengo y llevo por norte y guía.

¡Oh mi tesoro, mi catecismo!
¡Te quiero tanto, como a mí mismo!

Tus enseñanzas, como un perfume,
como el aceite, llegan al alma.
Curan la pena que me consume,
riegan consuelo, siembran la calma.
Que tú no alivies no hay ya dolores.
A las conciencias las iluminas
y a justos todos y pecadores
hacia los cielos los encaminas.

¡Cómo te quiero, mi catecismo!

Por ti aprendimos a amar a Dios
y amar al prójimo como a mí mismo.
De estas tus leyes yo sigo en pos.
Eres la llave que abres el cielo
y la esperanza que a toda hora
derrama luces sobre mi duelo,
como una lámpara deslumbradora.

¡Oh mi tesoro, mi catecismo!
¡Te quiero tanto, como a mí mismo!



Cuando me muera,
cuando la vida
como un aroma se me evapore,
quiero y quisiera
que a mi mortaja vaya cosida
la cruz de Cristo. Que nadie llore,
porque en mis manos mi catecismo,
me hará seguro llegar al puerto,
y redimido del negro abismo
verán mis ojos el cielo abierto.

¡Oh mi tesoro, mi catecismo!
¡Te quiero tanto, como a mí mismo!

“El amo”

¡Que ya viene el “Amo”!
y esta casa para él quiero abrirle
y luego decirle,
cuánto es grato su dulce reclamo.

Preparadme una fiesta, que quiero
que pongáis mis más blancos manteles,
y encendidos sobre ese florero
quiero un ramo de rojos claveles.
Vajilla de plata;
cristal de murano;
y que llegue la flor y la nata
de aquellos pasteles
que prepara y enjoya tu mano

¡Que ya viene el “Amo”!
y mi alma para él quiero abrirle;
y luego decirle
con mis cosas y bienes: “Te amo”.

Esta casa arreglad. Quiero verla
toda llena de luz y brillante,
como clara y finísima perla.

Quiero ver los vestidos mejores.
La seda hecha flores.
La nieve hecha guante.
Y la mano, con los resplandores
del anillo de oro y diamante.

Porque ya llega el "Amo",
yo, a todos reclamo,
que estén listos. Que llega a la casa
el que riega la luz cuando pasa.

Su miseria, sus llagas, su hiriente
desagradecimiento;
y ese torpe sayal que vestía,
el misterio hacen más evidente
de esta Eucaristía.
Porque en medio del mundo es el pobre,
como un Sacramento,
que me oculta, para así no ser visto,
bajo harapos y rostro de cobre
a mi Dios y Señor: ¡Jesucristo!

Si ha llegado este huésped divino,
y, ya honra mi casa, yo quiero
que le déis esta copa de vino;
mis vestidos, mi pan, mi dinero.
Y la gloria me deis de sentarlo
a mi lado, en la mesa de fiesta;



y me deis el honor de abrazarlo,
la dicha de amarlo
y besarle su frente modesta.

Porque el pobre, en mi casa, es el "Amo",
y mi alma para él quiero abrirle
y luego decirle,
con mis cosas y bienes: "Te amo".

Que ha de ser evangelio en mi hogar
y la ley, religión y costumbre,
el servir con amor y ensalzar
a ese pobre que llega y que pasa.
Al "Amo" de casa,
porque el pobre, de Dios es altar.
El carga la cruz
que mis hombros debieran llevar.

La ciencia de hallar
el camino que lleva a la cumbre
de la dulcedumbre
del cielo y Jesús,
solo el pobre la puede enseñar.

Los bravos algodoueros

Dignas señoras, dignos señores,
vengo a deciros la gran verdad;
"Gloria pura colombiana
y el honor de la nación
que de estos hombres se ufana,
los bravos algodoueros
lo fueron... serán y son".

Tierra difícil, tierra violenta
de cordilleras y altas montañas
que en sus volcanes muestra y presenta
el rojo incendio de sus entrañas.

Dominadora e indominable,
riega la muerte, vierte la vida.
Tierra de espesa selva indomable
de tempestades siempre vestida.

Tierra de ríos,
de vastos lagos y caudales,
de bosques húmedos, rudos, bravíos,
valles de lirios y de rosales.

Tierra violenta; tierra la mía,
la granadina, la castellana;
la colombiana,
raza bravía
de algodoneros,
los superhombres y los primeros
en cuya mano
cayó vencida la selva umbría,
el río enorme, el monte, el llano;
y fue glorioso gritar un día:
"Lo más valiente, virtuoso y sano
es, sobre el mundo, lo colombiano".

José y Ricardo, Pedro y Vicente,
los bravos hombres, agricultores,
algodoneros. La mejor gente
de monte y valle conquistadores,
por raza y sangre son mis hermanos,
lo más preclaro, lo más valiente,
son sembradores,
¡son colombianos!

Como quien juega, como jugando
vencen la tierra, riegan semilla,
y el aire todo se va llenando
del rudo grito de su cuadrilla.



Y por la tarde cuando en la bruma
dejan la pala y alzan la tienda,
el alma toda se les esfuma
en los primeros
cantos y ritmos algodoneros
que de sus labios, como una ofrenda,
suben al cielo dulces, señeros,
como los sueños de una leyenda.

Tierra fecunda, tierra mojada.
Como a una niña casamentera,
con sementera
bajo los cielos fue fecundada.
Tan dulcemente
con la semilla quedó preñada,
que en esa noche de plenilunio
resplandeciente,
fue madre pródiga de la cosecha
que hacia los cielos, alta y derecha,
alza sus tallos verdes ligeros,
como la gloria del mes de junio
y los primeros
frutos de aquella ruda jornada
de estos mis bravos algodoneros.

Hoy todo el valle viste de verde
y en el lejano y hondo horizonte,
la sementera verde se pierde,

la cordillera y el alto monte
envidia sienten por esta inmensa
cosecha verde que en pleno junio
me tiene el alma como suspensa
bajo esta noche de plenilunio.

¡Que no hay iguales! ¡que no hay iguales!
rosas ni flores, ni altos luceros,
¡como mis verdes algodoneros,
como mis verdes algodonaes!

Dignas señoras, dignos señores,
vengo a deciros la gran verdad:
"Gloria pura colombiana
y el honor de la nación
que de estos hombres se ufana,
los bravos algodoneros
lo fueron... serán y son".

* * *

Rosas de oro,
rosas de oro,
florece el valle, florece el monte.
Como un incendio, las rosas de oro
llenan y cubren el horizonte.

Llegó diciembre y el claro enero,
y entre los verdes algodonaes
de cada rama cuelga un lucero.

Llovió la nieve
cándida y leve
por raudales, por raudales.
Y está de blanco vestido el valle.
Un río claro le ciñe el talle
y entre rosales
para mirar esa maravilla
como con sueño, desde la orilla,
abren sus ojos los manantiales.

Llegó la hora de la cosecha.
Agiles, puras como una endecha
Marta y Helena, Carmen, Lucía,
mujeres flores
pelo de oro,
frente de cielo de Andalucía,
como las hadas de una leyenda
o las princesas de algún rey moro,
con sus camisas multicolores,
falda de un paño que es de Castilla,
(dos amapolas en su mejilla)
y una canasta terciada al lado,
van al cercado.
Van a la hacienda.

Con ellas sale ya la cuadrilla
de hombres garridos y mocetones
que las cortejan

con un piropo muy bien echado
y el ritmo alegre de sus canciones.
Está de fiesta toda la "Hacienda",
que esta es la fiesta de la cogienda.

.....

Ya por la tarde, cuando la lumbre
deshoja rosas en occidente
y enciende estrellas en la techumbre,
vuelve a la "Hacienda" toda la gente
como quien vuelve de una victoria:
alta la frente
y con la cara llena de gloria.

Con las cosechas ya cosechadas,
lo blanco llega por toneladas,
y amontonadas formando un monte
todas las cuadras quedan colmadas.
Alto, muy alto sube el montón
que oculta el cielo y el horizonte.

Tan blanca nunca jamás sería
la blanca nieve en la serranía.
Nieve que tiene, que sentiría
rubor y envidia, con gran razón,
ante este triunfo del algodón.

Dignas señoras, dignos señores:
Los creadores, los autores

de la grandeza de esta nación,
¡algodoneros fueron... y son!

* * *

Los algodones
de mis montañas y mis llanuras
van en camiones
hacia las magnas urbes fabriles,
donde las duras
máquinas grandes de los textiles,
de tal manera
en claros filtros lo purifican,
que se creyera
que fuera nube,
la flor más blanca de primavera,
o el ala blanca de algún querube.

Tintas de un suave color de aurora
tiñen su nieve,
su leve espuma,
con una gama de tornasoles
multicolora
y un arco iris perenne llueve
sus arreboles
sobre su blanca y nevada pluma.
Y en esa hora
el blanco fruto
de mis montañas y mis llanuras,

es la victoria y es el tributo
que alzan gloriosos a las alturas
estos morenos hombres austeros,
¡estos mis bravos algodoneros!

Hilado en hilos
como de lumbre, como de seda,
sobre cilindros grandes se queda.
Vendrá la hora
para su gloria. Y el bello día,
cuando entre el golpe de los telares
y entre cantares,
saldrán en tela multicolora
los algodones
de esta mi amada tierra bravía.

Irán de fiesta los corazones.
Irán de fiesta todas las cosas.
Y en los jardines
tendrán envidia todas las rosas,
los azahares, las amapolas y los jazmines.
Que no hay más fresco clavel rosado
que aquel pulido clavel pintado
que en esa tela quedó estampado.

En competencia
ya con la seda, ya con la lana,
en todas partes se impone y gana.

Le da los trajes a la inocencia.
Va con la novia, la desposada,
más blanco y puro
que el blanco armiño de la nevada.

Sube a los tronos, va a los altares.
Cruza triunfante todos los mares.
A las princesas y reinas viste,
y simulando flores de hielo,
como sonriendo bajo sus trajes,
muestra la espuma de los encajes.

A toda fiesta y a todo duelo
con su preciso color asiste.
Nada se hace sin algodón;
ni en las iglesias se dice misa;
sin su vestido no hay oración.

Tiene ternuras de corazón
y por lo suave parece ser
nube del cielo,
flor, o mujer.
De los heridos,
de los del duro dolor vencidos,
es el alivio y es el consuelo.
Con el armiño de algún pañuelo
enjuga el llanto de la aflicción.

Hoy en el valle y en la floresta
las aves cantan sus madrigales.

Toda la tierra se vuelve orquesta
porque se cuenta la blanca historia
de los floridos algodones,
que desde el valle de los mortales,
como las nubes van a la gloria.
Y los fanales
de la celeste constelación,
son la epopeya del algodón.

Y este es el triunfo de los obreros
que por sus manos
y en el trabajo son los primeros.
Algodoneros y colombianos.
Honra preclara de esta nación
¡siempre lo fueron,
serán... y son!

La muerte de María Luisa

¡Era tan bella,
que bajaron los ángeles por ella!

Cuando la muerte le cerró los ojos,
el corazón sintió que se apagaba
entre la noche la mejor estrella.
Un perfume que huyó sobre la brisa...
Una azucena en el jardín lloraba
la muerte de su hermana: MARIA LUISA.

¡Era tan bella,
que vinieron los ángeles por ella!

Esto de verla aquí tan sonreída
bajo el rigor de la implacable muerte.
Este dolor de verla tan dormida,
hace que el alma, de dolor herida,
no se resigne a tan contraria suerte.

¿Por qué se va tan pronto lo que es puro?
¿Por qué duró tan poco
este lirio, esta llama, esta hermosura,
este ángel de paz, trigo maduro;



esta niña adorable; esta criatura
que fue la novia del amor más puro?

¿Por qué nos deja entre el dolor y el llanto?
¿Por qué en el mundo se apagó esta estrella?
¿Por qué se fue, si la quisimos tanto?

¡Era tan bella,
que vinieron los ángeles por ella!

Novia de todos fue, y enamorada
ilusión, que brotó como las rosas.
No era más bella y pura la alborada,
ni tenían más luz las mariposas
que sus ojos, su frente y la nevada
seda de sus manos milagrosas.

Era el perfume del jardín. La brisa.
¡La más dulce palabra: MARIA LUISA!

Su voz, nota de oro para el canto,
hacía falta del cielo en los confines.
Se la llevaron, ¡sí! los Serafines.
Lo dice el corazón; la llora el llanto
y la recuerdan todos los jazmines.

El cielo enciende ya su nueva estrella.
¡Era tan bella,
que vinieron los ángeles por ella!

Están todos los lirios enlutados.
Las rosas deshojaron sus botones.
Los caminos del pueblo están colmados
de mozas y garridos mocetones
que quieren que esta niña esté despierta.

Que lloran de dolor desesperados,
y llegan a la tumba de la muerta
a llamarla, que están enamorados.
Que fue la niña de sus ilusiones
y hoy sangran de dolor sus corazones.

Nadie pudo aliviar tanta querella.
Suspiro, leve flor, perfume, brisa;
¡y una sola palabra: MARIA LUISA!
El cielo enciende ya su nueva estrella.

¡Era tan bella,
que vinieron los ángeles por ella!

La de los labios de fresa

Vivía un rey en un castillo,
la reina y una princesa;
y la princesa tenía
los labios como de fresa.

Como un puñal o un cuchillo
su mirada azul se hundía
al fondo del corazón,
y en el alma ella encendía
llamaradas de pasión.

Campanas suenan, campanas,
bajo el sol, bajo la luna.
El rey cuida a su princesa;
la cuida, como a ninguna.

Solía salir la princesa
al jardín todos los días
a perseguir mariposas.
A mirar el agua clara
y a dialogar con las rosas.

Cascabeles de alegría
era su risa. En su frente



cantaba y amanecía
un regio cielo de oriente.
El jardín no era jardín
sin la princesa. Las flores
del jazmín, del limonar,
envidiaban los colores
de sus vestidos reales.
Miraba la niña el río
y en la rama de un pomar
perennemente sombrío,
cantaban cuatro turpiales.

Campanas suenan, campanas,
bajo el sol, bajo la luna.
El rey cuida a su princesa;
la cuida, como a ninguna.

Guardias mil y coroneles,
palafreneros del rey,
doncellas, niños, donceles,
mandato tenían y ley
de custodiar la princesa.
Toda la suerte futura,
del mando y de la realeza,
totalmente dependía
de esta angelical criatura,
de esta niña, que tenía
los labios como de fresa.

—Cuidadme la mi princesa
decía el rey; y se sabía
que de morirse la niña
el reino se acabaría;
se acabaría la realeza.

Timbales y cascabeles,
la niña reina jugaba,
y eran sus manos claveles.
La corte la custodiaba
con guardias y con donceles.
Mas le falló el corazón
y, dulcemente inclinada,
como una flor celestial,
se desmayó iluminada
en pleno palacio real.

Y así murió la princesa,
la princesa que tenía
los labios como de fresa.

Los reyes, de su castillo
no volvieron a salir.
Con un puñal y un cuchillo
los hizo el dolor morir.
El rey de tanto llorar
y la reina de gemir.

Con la muerte de la niña
cambiaron todas las leyes,
y se acabaron los reinos
y se acabaron los reyes.

Las campanas del castillo
no volvieron a sonar.
El jardín perdió su brillo
y sus flores el pomar.

Toda la historia cambió.
no existe ya la realeza.
Su poder, su dinastía
se murió con la princesa.
La princesa que tenía
los labios como de fresa.

Por eso es que corre el agua

Sobre el borde de la fuente
la rosa se deshojaba;
y el agua de la corriente
los pétalos se llevaba.

Yo sé lo que nadie sabe
y que pasó en el jardín.
Es un secreto que al fin,
como de cosa pasada,
el que lo sabe lo sabe
y el que no, no sabe nada.

Una flor me lo contó
a escondidas de las flores.
Si tú lo sabes guardar
y entiendes cosas de amores,
yo te lo voy a contar.

Escucha lo que pasó:
De aquella rosa que ardía
como un sol, cerca a la fuente,
se enamoró la corriente.

¿Qué le dijo el agua clara
a la reina de las flores?
Porque la rosa murió
sin que nadie lo notara.
La rosa murió de amores
y el agua se la llevó.

A la mañana siguiente
la primavera volvió.
La rosa ya no existía.
¿Quién vino aquí y se llevó
la perla de más valía?
¿Quién del rosal la arrancó?

Por esa rosa encarnada,
de su corona robada,
lloraba al amanecer
la primavera. Entreabría
sus claros ojos el día
y el rocío de su llanto
desde los cielos caía.

Este es el secreto, sí,
y la razón verdadera
de por qué corre ligera
y se esconde aquí y allí
la rápida torrencera.



Que se siente pecadora
porque se robó una flor.
Porque su voz seductora
mató a una rosa de amor.

Por eso es que corre el agua
veloz y huyendo hacia el mar.
Que se ha robado una rosa
y se la pueden quitar.

Por eso es que corre el agua,
como un reptil, hacia el mar.

Cuento para una niña

Me la aprendí de memoria
y te la voy a contar.
¡No es un cuento!
Es la historia
de un milagro y un portento.
Yo te la voy a narrar,
mas... toma primero asiento,
que es larga y voy a empezar:

Eran tres y eran pastores
y en Portugal sucedía.
Tres niños, como tres flores:
Paco, Jacinta y Lucía.

Puros como el agua clara,
que brota del manantial.
Eran la gloria y la rara
belleza de Portugal.

Pastorcitos eran, sí,
y cuidaban su rebaño,
noche y día

y todo el año,
en la cueva de la "Iría".

Pastorcitos eran, sí;
tres pastores muy bonitos,
parecidos mucho a ti.

Cuando sonó la campana
del "Angelus", al medio día,
Francisco lleno de gozo
llamó a Jacinta, su hermana;
y al pie de un árbol frondoso
rezó el rosario Lucía
a la Virgen Soberana.

Mas de pronto ardió la encina
y, entre un milagro de luz,
sonreía la divina
dulce Madre de Jesús.

Fue tal el aturdimiento
ante tan grande belleza,
que los niños, al momento,
huyeron a toda prisa.

Los detuvo la Señora;
y, al preguntarle Lucía:
"¿Quién era?"... la encantadora
Reina y Madre sonreía.



Que vinieran siempre a verla
el día trece del mes;
que así podrían conocerla
y que les diría: ¡Quién es!
Brillaba como una perla
y... no la vieron después.

Cada mes y en el día trece
la encina en luz se encendía.
La "Niña-flor" se aparece
y conversa con Lucía.
¿Quién era?
¡No se sabía!

Pero al sexto mes completo
se reveló a los pastores
y les entregó un Secreto;
secreto que se sabría
en los años posteriores.
Era la Virgen María,
Madre y Reina del rosario,
y dijo que allí quería
se levantara un santuario.

Para que el milagro fuera
comprobado y se creyera,
¿sabes lo que sucedió?
Te lo digo y cuento yo:

Ante quince mil creyentes
que a aquel sitio habían venido,
sobre los cielos arcanos
el sol, en sangre teñido,
danzó en ritmos soberanos
dejando en pasmo sumidos
al mundo de los humanos.

Paco y Jacinta murieron
y el Secreto de María
los niños no lo dijeron;
pero lo contó Lucía.

Si tú te sabes callar
y prometes ser discreto,
yo te lo voy a contar.
¡Bien lo sabes! ¡Un secreto
no se puede publicar!

Es secreto que confío
solamente para ti.
Es un compromiso mío.
Los secretos son así.

La Virgen dijo a Lucía
para estos tiempos remotos,
que al cielo se llevaría
a los que fueran devotos
del corazón de María.

Y que si pronto se hacía
oración y penitencia,
el mundo se salvaría.

Y también esta advertencia:
que si tú quieres rezar
con fe y amor el rosario,
la Virgen te va a llevar
al cielo; y allá en su altar
serás ángel necesario.

Este fue el Secreto, sí,
el Secreto de María.
Me lo contaron a mí
Paco, Jacinta y Lucía.

Y aquellos niños pastores,
puros como el manantial,
hermosos como las flores,
y gloria de Portugal,
eran pastorcitos, sí;
¡tres pastores muy bonitos,
parecidos, mucho, a ti!

El niño huérfano

Me duele hondo este chiquillo
desnudo el cuerpo y la planta.
Lo siento como un cuchillo
en mitad de la garganta.

Del nido que lo acunó
su mano perdió la llave.
Y madre no conoció.
¿Para dónde va?... ¡no sabe!

Blanca sal por su pupila
arroja un mar de honda pena.
Su pie no pisa. Vacila
entre el barro y la azucena.

Comienza a vivir y tiene
el rostro pálido y serio.
Siente un lazo que le viene
tirando hacia el cementerio.

Va su cuello perseguido
por un hierro de miseria;
y un gran puñal detenido
del corazón en su arteria.

Buscan sus pies y no hallan
un camino. En su mente
mil pensamientos estallan
todos dolorosamente.

Su mano va amenazada
por el odio; y su inocencia
está de un tigre atacada
y de un león su conciencia.

Lo mueve, como a una pluma,
de borrasca un viento duro;
y es frágil, como una espuma
detenida contra el muro.

¿Semilla de qué será?
¿De víbora o de hombre honrado?
El crimen le lanza ya
lanzazos a su costado.

¿Quién salvará este chaval
y al ángel que lleva dentro?
Con mil perros sale el mal
persiguiéndolo, a su encuentro.

Abridle para él los brazos
y el corazón. Una madre
le falta, besos y abrazos
y amores de un tierno padre.



Me tocó el alma y en ella
se quedó este niño andando.
Ardió en mi sangre su estrella
y en amor lo fui engendrando.

Estoy ya reproducido
y el niño huérfano es
un gran retoño florido
que me brotó en la vejez.

Panelero, Juan Manuel y azucarero

Dios te salve, Juan Manuel,
panelero,
el más guapo y el más fiel
y el primero
y el mejor azucarero,
moreno como la miel.

Mirar tu cañaveral
y tu trapiche yo quiero,
y ver en tu cuerpo austero,
y en la color de tu piel
mi raza. La altanería
y el noble ancestro, Manuel,
de tu sangre que es la mía.

Modelo de labrador,
con tu acento provinciano,
eres la esencia y la flor
de este pueblo colombiano.

Dios te guarde, Juan Manuel,
panelero
moreno como la miel.

Vine yo por contemplar
tus labores;
tu casa, tu labrantío;
tu bello jardín de flores,
y tu trapiche bravío.

Jadeantes, los cargueros,
ya se acercan con la caña;
y a lo lejos su cantar,
sus gritos, su vocerío,
se escucha de cuando en cuando,
en medio al cañamelar.

Son los fieros
labradores
que esta patria están creando.
En el mundo no hay mejores
porque no hay gente mejor,
ni un hombre que sea más hombre,
ni un hermano más hermano,
que este honrado agricultor,
¡que un obrero colombiano!

Encendieron ya la hoguera
con sus manos las mujeres;
y está la gente en espera
y en deseo
de comenzar la molienda.



Los bueyes bien enyuntados
giran y hacen el "paseo".
Porque hoy es fiesta en la hacienda,
los hombres de la cintura
tienen machetes colgados.
Cruje la piedra y tritura
los cañamieles dorados.
Vibra en el aire la dura
voz del que aguija y reprende
y, un torrente de dulzura
hacia "el pozuelo" desciende.

Y un coro de campesinas,
como frutas frescas, sanas,
bien garridas
y pulidas,
como buenas colombianas,
poniendo en sus voces puras
el alma y el corazón,
cantan la vieja canción
que sabe a frutas maduras:

"Molé, trapiche, molé,
molé la caña morada;
moléla a la media noche,
moléla a la madrugada.
Molé, trapiche, molé..."

Arde el fuego y la caldera
cocina el jugo exprimido
de toda la sementera.
Este guarapo de caña
que ruge y hierve vencido
por tus manos, Juan Manuel,
va camino de ser miel
y de ser en este día
la dulce esencia y la entraña
de tu tierra y de la mía.

Cuán grande sabiduría
de tu arte. Me pregunto:
¿quién te enseñó a conocer
que está la miel en su punto?
Definitivo momento
que sólo tú puedes ver.
Si no fuera
veloz como el pensamiento
esa tu mano ligera,
todo se echaría a perder
y esta fiesta no existiera.
Con un viejo cucharón
manos blancas riegan oro
en la enfilada gavera
como quien guarda un tesoro
y su propio corazón
entre cajas de madera.

Y aparece compactada
la panela.
¡La más dulce prenda amada!
Lo mejor
de esta mi tierra adorada;
y en su honor
hacia el cielo sube y vuela
con pasión y con fervor
el canto de la peonada:

“Molé, trapiche, molé,
molé la caña morada;
moléla a la media noche,
moléla a la madrugada.
Molé, trapiche, molé...”

Dorada como el oro,
como el oro repulida,
la panela es el tesoro
de esta tierra prometida.
Y es su gloria
y el honor
de su vida
y de su historia.

Nada en el mundo es mejor
que este fruto de miel pura
cuyo exquisito sabor

hace al hombre fuerte y sano.
Por eso el agricultor
llevando como bandera
una panela en la mano,
no quiere más, ni quisiera,
que vivir como "paisano"
y decir a mucho honor:
"¡QUE BUENO SER COLOMBIANO!".

Dios te guarde, Juan Manuel,
panelero
moreno como la miel.

¡Ven ahora
a ver el inmenso valle
y el río, que lo enamora,
que lo baña y lo ilumina!
y el ingenio azucarero
que allá a lo lejos se empina.
Como una humilde pastora
al pie de una catedral,
así se ve tu trapiche,
tu humilde cañaveral,
al pie de este monstruo fiero,
de esta empresa colosal.

Mujeres uniformadas,
mozos de overol ceñido

y un bosque de maquinaria
bajo las grandes arcadas.
Rugen todos los motores
y en redondo movimiento
giran ruedas y tambores
tan veloces como el viento.

Del verde cañamelar
no se escucha aquí el cantar.
Todos los hombres van tristes
entre un horno de calor
y un ruido ensordecedor...
Pero esta es la maravilla
y el prodigio prometido
que pone ante tus miradas
el blanco azúcar que brilla
como si hubiera llovido
la nieve por toneladas.

La grande industria, Manuel,
la nuestra (para ser fiel)
de que Colombia se ufana.

Pero tú fuiste el primero
que encontró el dulce y la miel,
y se te ceba el honor
de haber sido panelero;
y ser el anunciador

de esta gloriosa mañana,
de este triunfo azucarero
y esta gloria colombiana.

Por tu trabajo y tu nombre,
por tu trapiche piedrero,
y por la empresa genial
de este ingenio azucarero,
tengo y siento, y no te asombre
este impulso colosal
y este entusiasmo de hombre
que me da tono marcial.

Te quiero por colombiano
y por hermano
te quiero.
Juan Manuel,
panelero,
azucarero,
moreno como la miel.

A ti debo yo el honor
de este orgullo noble y sano.
Porque no hay cosa mejor
que ser hijo de esta tierra
y haber sido azucarero,
panelero
y colombiano.

Por eso beso tu mano
quemada en tanta labor;
y llevando alta la frente,
con valor,
grito de oriente a poniente
con orgullo soberano:
¡Qué bueno ser colombiano
¡ser hermano de esta gente,
productor, azucarero,
panelero y provinciano!

Juanita, chiquita y bonita

Era tan chiquita
Juanita.
Pero era una perla;
y había que agacharse
“pa” verla.

Y era tan bonita,
Juanita,
y era tan hermosa
como este diamante,
y así, luminosa,
y así de valiosa,
y así de chiquita
y brillante.

Llevaba en la frente,
Juanita,
llevaba en la frente,
una copia del cielo
de oriente.

Era un río de oro
su pelo.

Eran soles sus ojos.
La gente
se quedaba mirando su frente.

La señora Ricarda
decía
que en sus labios el cielo encendía
primavera de rosas
hermosas;
y Juanita
diminuta, pequeña y chiquita,
sin saber que era así de bonita,
se le sonreía;
y era entonces más bella que el día.

La buscaron para casamiento
a su oído y a su pensamiento.
y canciones de amores dijeron
Y de blanco vestida Juanita
iba ya con corona de azahares.

Pero al pie de los viejos altares
un curita
estas duras palabras decía:
“Yo no puedo casar a Juanita
porque es muy chiquita”.

Quiso entonces ser monja y se vino
presurosa a golpear al convento.



Y se dijo: este si es mi destino,
y bendigo el momento
en que pude cambiar de camino.
Reunieron concilio las monjas
y allí discutieron
el pedido que hiciera Juanita;
y allí resolvieron
que viniera la Madre Abadesa,
que viniera a decir a Juanita,
que de acuerdo a la ley y al mandato
y a la regla de Santa Teresa,
que tenían en sus libros escrita,
no podía ser monja Juanita
por ser muy chiquita.

Era tan chiquita
Juanita.
Pero era una perla;
y había que agacharse
“pa” verla.

Hay un mal que se llama tristeza
y que mata y se lleva a los cielos
a las niñas que, como Juanita,
no resisten a los desconsuelos.

Por teléfono dijeron a Pedro
que adornara del cielo la puerta;

que honores
y flores
ordenara rendir a los ángeles;
y que listo estuviera y alerta,
que llegaba del mundo Juanita
a ser reina de Santos y Arcángeles.

¡Y preciso! A las seis de la tarde,
a la hora anunciada y prescrita,
llegó al cielo Juanita chiquita,
como un lirio, sin ruido ni alarde.

Sus anteojos se puso San Pedro.
Se agachó "pa" buscarla y mirarla;
y al hallarla
tan pequeña, menuda y chiquita,
dijo, regañando:
"Yo aquí tengo las llaves y mando:
¡Para reina del cielo
no sirve Juanita,
por ser tan chiquita!"

Y cerrando la puerta del cielo
dejó afuera a la pobre Juanita
afrentada y en gran desconsuelo.

Jesucristo en su trono miraba
esta escena que estaba pasando.

El estaba a Juanita esperando.
Los ángeles todos
se cubrieron el rostro llorando.
Jesucristo ordenó se leyera
el Sagrado Evangelio,
cuya frase primera
esta dulce sentencia decía,
con palabras, sin sombras ni velos:
"Para los pequeños, para los chiquitos,
yo he creado y reservo los cielos".

Era tan chiquita
Juanita.
Pero era una perla;
y había que agacharse
"pa" verla.

Resonó de los cielos la orquesta
y todo el empíreo
se vistió de fiesta.
Y Juanita subió hacia la gloria
como un sol de belleza radiante,
llevando adelante
las palabras de Cristo y el libro
de los Evangelios,
como emblema de triunfo y victoria.

Desde entonces es reina Juanita
de todos los ángeles
y de los arcángeles.
Y es la misma. La misma Juanita.
Diminuta, pequeña y chiquita.

Parece una perla.
¡Tiene Dios que agacharse
“pa” verla!

¡Colombia, primero!

Que soy colombiano
e ibero.

Un sol en mi oriente
procero.

Al cinto ceñida una espada
en rudos combates mellada.

Poeta, soldado, guerrero.

Pero antes que todo,
mi mano

tendida al hermano,
como colombiano
como caballero.

Bandera

de ígneos colores me quema en su hoguera.

Un cóndor, de garra filuda y gorguera,
desploma sus alas y engarza en su pico desnudo
la cinta que lleva mi grito, mi insignia guerrera:
Libre soy en el orden, como nadie lo fue ni lo pudo.



Libre, sí; y colombiano
que empuña en su mano
los nobles cuarteles de gloria que integran su escudo.

Cuarteles

donde enarbolada sangra una granada,
donde un cuerno derrama monedas y oros;
y mi sangre de hispanos, caciques y moros
florece en vergeles
de mil héroes que pasan dejando en la arena
su sangre en claveles,
como deja el torero su espada morena
rasgando la herida,
la fiera vencida
y despedazadas las sedas... los oros...
capotes... clarines... la arena teñida...
y encendido el fanal de la gloria
en la noche abismal de los toros.

¡Colombia primero!
Que soy colombiano
e ibero.

Templado en acero,
como castellano;
fundido en los hornos que cuajan valores,
como caballero.

* * *

Aquel genio del cielo y del mar,
Cristóbal Colón,

ante el llanto de un niño
que le haga sentir su llamada;
ante el solo temor de una angustia
o el cuchillo glacial de un gemido.

¡Colombia, primero!

La familia, la patria, son nido
sin fronteras y a todos abierto
donde guardo las sacras cenizas
de los que se han ido
pero no se han muerto.

Donde en lirios florecen las cunas,
donde cantan las voces amadas,
como no, no hay otras, como no hay ningunas.

Las torres del templo
donde están las campanas colgadas.
Los valles, los ríos, los montes,
las grandes llanuras y esos horizontes
que riegan su lluvia perenne de oro
sobre esos mis valles, que estando yo ausente,
porque son mi sagrado tesoro,
su verde recuerdo me llega a la mente
desgranando en mis ojos el lloro.

¡Colombia! Corazones que todos a una
palpitan al ritmo con que late el mío.

Donde por iguales
allí se reparten todos los dolores.

Donde los amores
en abril florecen, como los rosales.
Donde esplendorosos, como sus labranzas,
crecen mis orgullos y mis esperanzas.

¡Colombiano!

Andino e ibero.

Sepa bien quien estrecha mi mano,
que saluda a un hermano;
que lleva una espada, porque es un guerrero,
y un penacho de pluma galante,
porque es un amante
y es un caballero.

I N D I C E

	PAGS.
Prólogo	3
Colombiano hasta las cachas	5
La "Don Nadie"	10
Las cogedoras de café	14
Cartilla de la salud	20
Pedro Juan... tabacalero	24
Mi cartilla de agricultura	29
¡Que vivan los bravos trigueros!	33
Mi cartilla de lectura	44
Chiquita, chiquirritina	47
¡Gloria al arrocero!	51
Mi catecismo	61
"El amo"	65
Los bravos algodonereros	69
La muerte de María Luisa	80
La de los labios de fresa	84
Por eso es que corre el agua	89
Cuento para una niña	93
El niño huérfano	99
Panelero, Juan Manuel y azucarero	103
Juanita, chiquita y bonita	113
¡Colombia, primero!	120

Todos y cada uno podemos y debemos mejorar cada día.

El porvenir de Colombia depende del pueblo y de sus dirigentes.

La dignidad del hombre se actualiza, cuando éste progresa en lo espiritual, en lo cultural, en lo social, en lo económico, en lo laboral, en lo familiar y en lo individual. Dios hizo al hombre capaz de perfeccionarse en todos los órdenes. Perfeccionarse es dar gloria a Dios.

Cualquiera que sea el progreso técnico y económico, no habrá en el mundo justicia ni paz, mientras los hombres no vuelvan al sentimiento de la dignidad de criaturas, de hijos de Dios, primera y última razón de ser de toda realidad creada por El.

El desarrollo económico debe ir acompañado y proporcionado con el progreso social.

La persona humana tiene derecho a la habitación, al trabajo, a un descanso conveniente, a la recreación, a los medios indispensables para la subsistencia, a la salud, a una educación básica más elevada, a una formación profesional más completa.

Los que tienen más bienes los han recibido de Dios para su perfección propia y provecho de los demás.

Por la caridad, con la verdad y la justicia, debemos buscar la paz social.

La "Biblioteca del Campesino" es un servicio más de ACPO para la cultura del pueblo.

La "Biblioteca del Campesino" es uno de los elementos de acción con que cuenta Acción Cultural Popular —Escuelas Radiofónicas— para lograr la educación integral del pueblo y especialmente del campesino adulto.

Las emisoras de Radio Sutatenza, las grabaciones, el semanario "El Campesino", las cartillas, la correspondencia, los cursos de extensión y los Institutos Campesinos son utilizados también para colaborar en la consecución del progreso social, del desarrollo económico y de la elevación cultural, que dependen del mismo pueblo protagonista, actor y autor de su propio mejoramiento personal y social.

La educación del pueblo es la mejor inversión para un país.

La persona humana tiene derecho a elegir su estado, su profesión y su trabajo.

Los poderes públicos deben favorecer y ayudar a la iniciativa privada.

La razón de ser del Estado, es la realización del bien común.



RADIO SUTATENZA

Horas del Servicio de Radiodifusión de
 ACCION CULTURAL POPULAR.
 para el pueblo colombiano.

TICIAS

— **MUSICA**

— **COMENTARIOS**

— **ORIENTACION**

CLASES

— **NOVELAS**

— **INSTRUCCIONES**

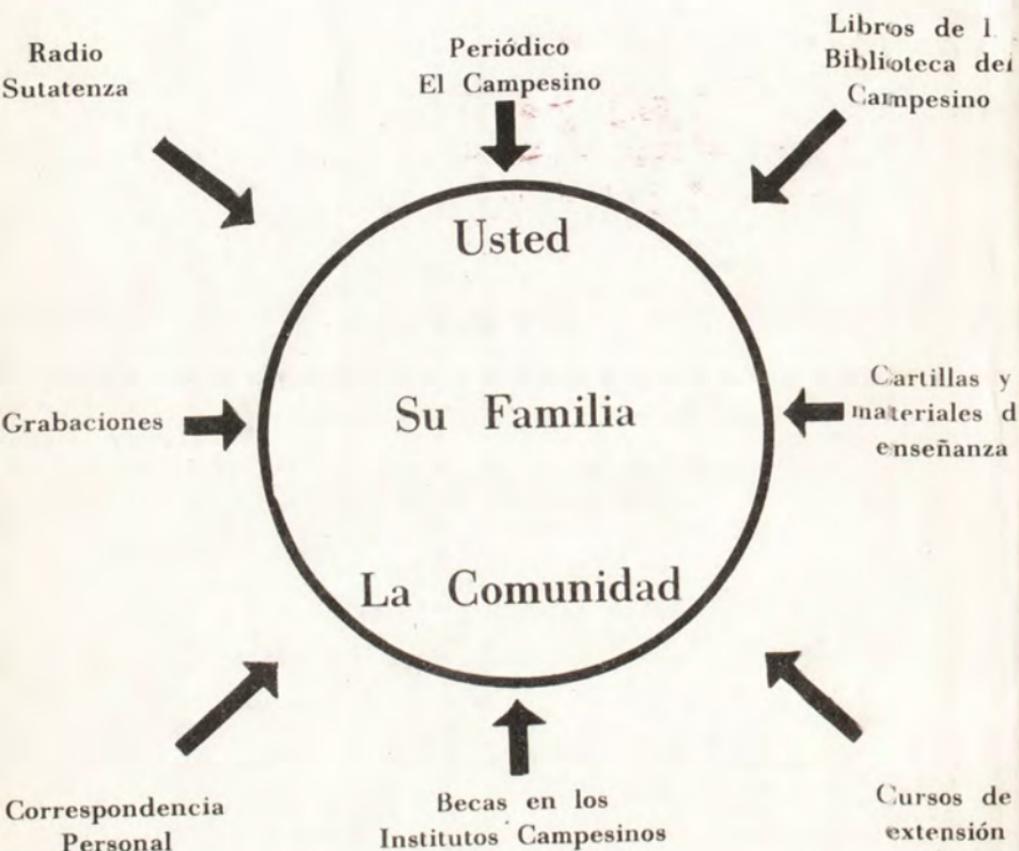
— **DIVERSIONES**

FORMACION

"HOMBRE VALE MAS POR LO QUE SABE QUE POR LO QUE TIENE"
 OIGHE TODOS LOS DIAS Y OIGA TODO EL DIA A RADIO SUTATENZA.

Estamos para servir

a usted, a los suyos y a los demás.



Acción Cultural Popular - Escuelas Radiofónicas de Sutatenza ayuda a la Educación Fundamental Integral de todos los que quieran aprovechar sus servicios.